



La montaña que nos vio crecer y volar.

Vivíamos en un pueblecito a los pies de la sierra de Guadarrama. Vagábamos libres por los caminos que nos llevaban al bosque: crecimos rodeados de barro y resina.

Recuerdo aquel verano, teníamos 19 años y muchas ganas de ver el mundo. Pasamos tres días durmiendo entre los pinos, en la ladera norte de la Peña del Oso. Barras de pan, latas de atún y todas las horas del día y la noche para nosotros. Hoy escribo sobre ese último atardecer que vivimos juntos, desde una ciudad lejana en el norte de Europa.

De aquellos tiempos de espigas y piñas solo queda una amistad que el viento y la vida han repartido por el mundo.

Sueño con el día en que llenemos nuestras mochilas con barras de pan y latas y nos volvamos a sentar allá, a observar el tiempo y la magia, en el bosque de nuestra infancia.